



# Martirio, ¿donación o suicidio?

Fecha recibido: 15/07/2022 - Fecha publicación: 21/09/2022

Luz Zoraida Forero Palacios<sup>4</sup>

Cristian Camilo Bermúdez Ocampo<sup>5</sup>

Jesús David Vallejo Cardona<sup>6</sup>

## Resumen

Este artículo reflexiona sobre el tema del martirio, analizando la perspectiva que ha surgido en la actualidad, de modo que si la vida se considera un don divino, cabe preguntar si el martirio se podría concebir como un suicidio. Para resolver este interrogante se hace necesario revisar y aclarar la verdadera esencia del martirio; para ello es indispensable el uso del método dogmático que desde la teología positiva tiene como objeto el análisis de los datos, afirmaciones y comunicaciones del magisterio sobre el martirio y su visión cristiana; así mismo su composición y avance a través de la historia y cómo el magisterio de la iglesia lo ha concebido y definido. También se observan posturas psicológicas que abordan al martirio como suicidio, aclarando los conceptos de cada uno de estos. De esta forma se podrá concluir que la diferencia entre el martirio y el suicidio radica en que en el primero, la persona identifica un sentido divino a su realidad trascendente, reflejada en una entrega generosa, como testigo del amor de Dios ante la iglesia y para los hombres, al demostrar con amor y esperanza, la fe y entrega por algo más grande. Por otro lado, la persona suicida, pasa por diferentes fases, que tienen como trasfondo su deseo real y latente de morir, pudiendo inicialmente atentar contra su cuerpo lesionándose deliberadamente. Evidencia un estado cognitivo y emocionalmente negativo que no se mantiene estable, porque no encuentra sentido ni próximo ni remoto para continuar su existencia. En esta tesis radica la diferencia real entre ambas posibilidades, de modo que el martirio es un don de Dios que puede ser aceptado, pero no buscado por el cristiano creyente. Es otorgado a ciertas personas como llamado a dar un testimonio de fe.

**Palabras clave:** Martirio, Donación, Suicidio, Fe, Cristianismo

4. Teóloga, Universidad Católica de Oriente. Correo electrónico: luzforero@gmail.com

5. Teólogo, Universidad Católica de Oriente. Correo electrónico: ccbermud@gmail.com

6. Licenciatura en Filosofía y Ciencias Religiosas y Especialización en Pedagogía y Didáctica, Universidad Católica de Oriente; Magíster en Ética Biomédica, Pontificia Católica de Argentina (Buenos Aires). ORCID. orcid.org/0000-0002-7451-3285. Correo electrónico: jvallejo@uco.edu.co

Comenzar a abordar el tema del martirio desde una perspectiva eclesiológica, se debe atribuir en un principio a los apóstoles, quienes fueron testigos de la vida y resurrección de Cristo; junto con ellos también a los primeros cristianos, quienes por mantener aquel testimonio, debieron afrontar persecuciones hasta la propia muerte.

A través del tiempo, la palabra mártir pasó a tener gran importancia para los cristianos que, desde los primeros siglos, dieron su sangre y vida como testimonio de fe. En el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) se hace alusión a su sentido cristiano de esta manera: “El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte” (CIC N.º 2472).

En perspectiva, Ruiz (2003) en su reconocida obra *Acta de los Mártires*, recopiló textos narrativos originales, griegos y latinos, haciendo uso de las más depuradas ediciones críticas sobre la muerte de los mártires. Para este autor los mártires sufrieron todo por dar testimonio de lo que ellos por sí mismos vieron o de lo que ellos oyeron. “Quiso Dios poner por testigo a los hombres, a fin de que los hombres tengan también por testigo a Dios” (p. 40).

Desde la psicología clínica social el Dr. Amenos (2007) en su texto *Ética psicología y cristianismo* hace un análisis comparativo entre la psicología y el martirio. Su obra es un esfuerzo por defender a los primeros mártires de la iglesia, dando así un aporte desde la psicología y contraponiendo la idea del martirio como un suicidio crónico. Al respecto, en el capítulo titulado *Psicología Del Martirio Amenos* (2007) expone: “una apología de los mártires cristianos, debe considerar el valor trascendente del testimonio de fe a la luz del Evangelio como semilla de cristianos, y las actas martiriales en su verdadera dimensión” (p. 110).

Se hace importante poner como referencia, la ponencia ofrecida por el cardenal Darío Castrillón Hoyos el 28 de mayo del 2004, titulada *El Martirio y los nuevos Mártires*. A través de sus aportes, este cardenal colombiano buscaba resaltar el papel que cumple el mártir dentro de la dinámica eclesial y afirmaba: “El mártir no se busca por sí mismo, sino que busca la proclamación de la caridad de Cristo y nos ofrece la herencia perenne de la Cruz vivida a

la luz de la pascua”. Con dicha expresión se está aclarando el objetivo central, que, desde una visión creyente, posee el martirio. En otras palabras, el martirio es también don de Dios.

Por lo tanto, si se considera la vida como un don divino, entonces ¿cómo debería concebirse el martirio?, ¿podría concebirse como un suicidio o como una respuesta de fe? Este ha sido uno de los tantos interrogantes que se hacen muchos laicos y seculares, al no entender al martirio como una gracia divina, no autoconcebida por el mismo mártir, sino más bien, dada de manera libre y gratuita.

En la sociedad actual, el martirio es visto como un suicidio, ya que, al ofrecer la vida en un acto de bondad, el ser es capaz de relegarse a sí mismo por un fin último. Para algunas personas, como el psiquiatra Karl Menninger (1972), si la vida es un don gratuito de Dios, el martirio debe ser considerado como un acto suicida que se asocia a un desorden psicológico influenciado por el entorno y el estilo de vida de algunas personas. En este contexto surge la siguiente pregunta: ¿De qué modo la concepción cristiana del martirio, formulada por la teología, podría responder a la visión psicológica contemporánea en la que este se entiende como suicido y no como respuesta de fe?

Para poder comprender esto, es necesario formular una concepción del martirio desde la teología y el magisterio de la iglesia, que responda a esta visión psicológica contemporánea que lo ha tratado más como un suicido, y menos como una respuesta de fe.

## Comprendiendo la visión cristiana del martirio

Como ya se ha dicho, el martirio es un don de Dios que puede ser aceptado, pero no buscado por el cristiano creyente. El martirio es otorgado a ciertas personas como llamado a dar un testimonio de fe. Para el teólogo español González Faus (2002), “la muerte del mártir no es la muerte del kamikaze. El mártir, en cambio, la recibe pasivamente: lo único que hace es no apartarse del camino” (p. 38). De esta

## Martirio, ¿donación o suicidio?

manera, es obediente a los designios de Dios que le guían por el camino que lleva a Jesús.

En consonancia con esta reflexión hecha por el teólogo español, debe afirmarse al mártir como el testigo que da fe; como el hombre que hace de su testimonio una acción de mayor credibilidad (p. 38). El mártir entrega su vida y todo lo que posee por amor a Dios. El mártir no pretende probar nada, ni ser un irracional que está enfrascado en una idea presupuesta; es por el contrario, ese testigo del amor verdadero, como nos lo recuerda el evangelio de San Juan: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn. 15, 13). Este ejemplo de Jesús, aportado por el evangelista, conduce al mártir a una imposibilidad de renegar o apostatar de su fe. El Amor conduce al mártir a una entrega total y definitiva de su vida.

A este propósito, Kubis (2004) precisa a la luz de las palabras de san Gregorio Nacianceno que, “el cristiano no debe exponerse a persecución sin necesidad, en primer lugar, para no dar a los perseguidores la oportunidad de cometer un crimen, y luego porque un cristiano debe tener en cuenta su propia debilidad” (p. 946). El escritor enfatiza que el martirio no debe ser buscado, ya que es un don que solo Dios concede a sus elegidos.

La iglesia debe mantener un equilibrio para no caer en situaciones extremas; y existen dos extremos: la “fiebre del martirio”, por una parte, y el rechazo, por otra. Entre estos dos extremos oscilaban las sectas y las herejías de los primeros siglos, donde algunos buscan el martirio y otros huían de él.

Teniendo en cuenta lo expuesto, se hace necesario, asumir una postura prudente y concreta que permita establecer una relación precisa entre la iglesia y el martirio. El martirio debe ser entendido como un don y una vocación especial en la iglesia y para la iglesia. El martirio es concedido por Dios en quien Él lo ha dispuesto; no se puede entonces concebir que el mártir tome una iniciativa propia ni busque méritos al ser martirizado. El mártir es simplemente un testigo de la fe en el Señor, sin importar el papel que juegue dentro de la iglesia, ya sea laico o consagrado, pues todos los creyentes están llamados a una vida de Santidad.

A partir del anterior planteamiento, se entiende cómo no solo han sufrido el martirio los clérigos y consagrados, sino que han sido muchos los laicos, quienes a través de la historia y por su amor al Señor se han convertido en testigos en la fe, entregando su vida en el martirio.

El laico no es ajeno a las realidades temporales que le conllevan a estar inmerso en la vida común y social. En dicho contexto se encuentra, en el ámbito nacional, al sacerdote Jesuita Javier Giraldo (2004) quien escribe: “Ser testigo, es manifestar convencidamente que hay valores que merecen ponerse por encima de todo otro valor, incluso de la propia vida”. El laico no debe de dejar de propender por la santificación de su vida, sin perder de vista que esta le conduce a una vida común y social, que lo hace objeto de odios y rencores por quienes son contrarios a la fe. En esta misma vía, el autor prosigue: “Si el martirio es un acto de virtud, el primer requisito en el Mártir es su capacidad psíquica de producir actos voluntarios”. Lo que indica que en el mártir hay una conciencia de que la virtud más grande está en la entrega definitiva por amor a Dios. Así mismo, indica Giraldo que, “Siendo el Martirio un acto meritorio, tiene que constar su aceptación voluntaria por parte del Mártir”. Aunque el martirio sea un acto voluntario, no ha de ser buscado por el mártir; el martirio es una gracia concedida por Dios, que le permite al creyente dar una respuesta de fe. El martirio es un acto voluntario de entrega en una completa donación.

El papa Francisco (2017) recalca en esta misma lógica, que el martirio es fidelidad, una que está al estilo de Jesús, que en sí es un estilo de esperanza hasta la misma muerte, llamada por los primeros cristianos con un nombre hermoso: *martirio*, que significa *testimonio*, y que, aunque podría haberse llamado de cualquier otra forma, congruente como heroísmo u otro sinónimo, ha tomado el nombre de lo que realmente es, *un olor de discipulado*.

Para poder llegar a comprender esta visión es necesario, por tanto, definir el concepto de martirio.

Fisichella (1998) en su *Diccionario de Teología Fundamental* precisa que este concepto comienza a introducirse hacia el año 155 con el *Martyrium Policarpi*, y que el mártir

entrega su vida por la verdad del evangelio. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española -por sus siglas RAE- indica que el martirio es el tormento o muerte padecidos por la fe; pero al hablar de mártir la misma RAE se refiere a un individuo que padece o muere por defender sus creencias y convicciones, y es que es un término que muchas culturas y religiones pueden optar por utilizar, pero en el caso concreto del cristianismo es un acto por el cual se da el derramamiento de sangre o entrega de la vida como testimonio ofrecido a Cristo, tal como lo explica San Juan Pablo II (1994) en su carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, “nunca antes del siglo XX ha habido en la historia de la iglesia tantos hombres y mujeres que han llegado a ser testigos de la fe a través de la entrega de su vida”. Hombres y mujeres que por su fe han asumido el destierro, persecución, tortura y asesinato con el propósito de dar testimonio de su fe a futuras generaciones.

Por su parte, Dufour (1985) resalta que la palabra Mártir tiene un significado etimológico de *Testigo*; palabra que puede ser usada en diferentes ámbitos, ya sea histórico, jurídico, o religioso, pero este mismo autor recalca también que: “por tradición cristiana el nombre de mártir se aplica exclusivamente al que da el testimonio de su sangre” (p. 513).

Por otro lado, Compagnoni (1992) lo considera como “el acto supremo de la fortaleza cristiana” (p.181) en la que defender la verdad y el bien moral implica aceptar la muerte. Hablar de martirio es hacer referencia a una realidad que ha estado presente en la historia de la salvación realizada en Cristo Jesús. El camino del martirio es el camino que recorrió Jesús de Nazaret, e invita a seguirle, no optando por la búsqueda de una vida de sufrimiento y dolor, pero sí de testimonio de fe, en la cual el mártir, si debe sufrir, lo hará con amor. Lograr entender el martirio, desde una perspectiva teológica, significa comprender que, en el martirio, interviene la voluntad de asumir por la fe, aquello que sobrevenga a la persona, la cual tiene este don Divino que el Señor concede a los cristianos.

Para Sánchez (2017) “los mártires son solo víctimas que tienen esa conciencia que van a morir y eligen tomar ese camino dando a su muerte la trascendencia del testimonio, que hay verdades que no pueden ser tachadas ni olvidadas” (p. 339).

En la actualidad, el papa Francisco (2017) en una de sus catequesis de la Audiencia General de los miércoles, direccionó a reconocer al mártir y las características que debe tener un cristiano para considerarlo como tal; allí afirmó que “Los mártires no viven para sí, no combaten para afirmar sus propias ideas, y aceptan deber morir solo por fidelidad al Evangelio”. El santo padre Francisco recuerda también que no es este el ideal del cristiano, pues por encima de todo está la caridad, o sea el amor a Dios y al prójimo.

## El martirio a través del tiempo

### *En la antigüedad*

Desde los primeros años del cristianismo, ya la palabra *mártir* comenzaba a hacer eco en quienes querían dar testimonio de su fe, y es que de antemano el Señor Jesús ya había dejado claro que su seguimiento requería de una renuncia, incluso a la propia existencia para poder dar respuesta a la verdadera vida (cf. Lc. 9, 22-24), aquella que permitiría llegar al encuentro verdadero con la Gloria de Dios.

El evangelio de Marcos es claro al resaltar cómo el Señor profetiza que para poder alcanzar el Reino, han de beber del mismo cáliz, que no es más que el cáliz de su pasión (cf. Mc. 10, 39). Más allá de ver a los primeros cristianos como seres estoicos, es reconocer con Pablo que, para poder entrar en el Reino de Dios, será necesario pasar por muchas tribulaciones (cf. Hch. 14, 22). Estos sufrimientos son vividos con amor, pues el mártir pretende con ello también dar testimonio y ser fiel reflejo de un Cristo sufriente que ha entregado todo por amor, con verdadera entereza, sin renegar, ni injuriar (Cf. 1 Pe. 2, 19).

Se conoce como el primero en ser testigo por la verdad en Cristo, al Diácono y protomártir Esteban, quien a causa del *Odium Fidei* y de su predicación evangélica, termina siendo apedreado (cf. Hch. 7, 59); pero se podría hablar también de unos mártires de la esperanza, con aquellos que fieles a los designios del Señor y creyendo fielmente en su palabra, la guardan y sufren por ella antes

## Martirio, ¿donación o suicidio?

de la primera venida del Señor, como lo son los santos mártires Macabeos (2 Mac. 7, 37).

Testigos del amor fueron también los Apóstoles, quienes con la entrega de su vida corren el mismo destino que su Maestro y se convierten en semillas que darán frutos para el Reino. El primero de ellos es el apóstol Santiago a manos de Herodes (cf. Hch 12, 2), y seguidamente uno a uno, incluso el mismo apóstol Juan, quien había vivido junto al Señor su pasión; según la tradición vivió el martirio, pero no muere a causa de este.

Pablo, por su parte, también viviría el martirio siendo decapitado en Roma; la misma suerte pasarían algunos de los primeros padres de la iglesia.

Pero este solo sería el inicio de las persecuciones por el odio a la religión; le seguirán en años posteriores, Nerón (66-68 d. C.), Domiciano (81-96), Trajano (98-117 d. C.), Marco Aurelio (64 d.C.), Séptimo Severo (193-211 d. C.), Maximino (235-238 d. C.), Decio (250-253 d. C.), Valerio (257-258 d. C.), Aureliano (273-275 d. C.), Diocleciano y Maximiliano (303-313 d. C.).

### ***En la Edad Media***

El sacerdote Jesuita e historiador Tarner (2011), indica que la Edad Media está dividida en dos: la temprana edad media comprendida entre el año 400 al 1054 y la Alta Edad Media desde 1054 al 1500. Durante los primeros años de la temprana edad media, el cristianismo en general había tenido una gran expansión gracias a las invasiones de otros grupos que, queriendo entrar en la conquista del imperio romano, comenzaron a adoptar la religión oficial del imperio; suceso poco particular, pues casi siempre sucedía lo contrario cuando un pueblo era conquistado.

La edad media, por el contrario, no contó con tantos testimonios martiriales como sí lo hicieron los primeros años del cristianismo, y esto se debe a la aceptación del cristianismo en algunos lugares, ello permitió que el cristianismo fuera creciendo, a tal punto que los mártires se convirtieron en modelos de fe para nobles y doncellas que

buscaban en sus historias y en las actas martiriales valores preponderantes para llevar una vida diferente, una vida de cercanía al Señor. A ello debemos también que en la edad media surjan cientos de conventos y monasterios que van dando cabida a una expansión del cristianismo.

Pero no por esto se desconoce que hubo algunos casos martiriales como San Eulogio, quien fue decapitado en el año 859, o como San Bonifacio obispo (675-754), considerado como el apóstol de Alemania y quien también habría sido martirizado por su proceso de evangelización.

Se pueden citar otros casos como los del siglo XI, donde fueron martirizados muchos cristianos, gracias a la cristianización de Polonia, donde surgirían también sucesos anticristianos. Caso contrario, se daba en África, donde la evangelización de misioneros había sido aceptada y gozaban de un menor número de mártires, hasta entrado el siglo XIII, donde comienza a tomar mayor influencia por parte de los musulmanes.

Detenerse a citar a tantos mártires que loablemente han donado su vida por la evangelización y anuncio del reino, sería en sí un campo amplio, pero es claro que en esta época los casos habían tomado menor relevancia como en los primeros años del cristianismo gracias a la aceptación del mismo en este periodo. No obstante, los mártires siguen siendo con su vida fuente de testimonio e invitación a seguir el camino de la cruz con amor.

### ***En la actualidad***

La reflexión de la situación actual de la humanidad se hace desde la violencia y a partir de factores problemáticos de hombres y mujeres que actualmente están siendo desterrados, perseguidos, torturados y -en muchas ocasiones- desaparecidos, como respuesta a su compromiso con la fe y la justicia, siendo esta una expresión de la apuesta por los valores del Reino en busca de la conversión de la humanidad.

Rahner (1983) en su ensayo *Las dimensiones del martirio* planteó que el mártir actual no tiene la posibilidad

de confesar su fe, como sí lo harían los cristianos de los primeros tres siglos, y esto es muy actual, si observamos datos acerca de los cristianos que han sido asesinados sin la posibilidad de dar una respuesta a su fe y sin saber que van a morir, solo por el hecho de ser cristianos. Prueba de ello son las cifras dadas por la entidad *Ayuda a la Iglesia Necesitada*, que para el año 2015 reportaba un total de 4.344 asesinados y para el año 2016 la cifra ya ascendía a 7.100 cristianos muertos por la fe, evidenciando un incremento del 67%; esto, sin contar los miles de personas que son desplazadas, ni las iglesias que son destruidas en consecuencia.

Son muchos los testimonios que día tras día narran los diferentes medios de comunicación, y es que las nuevas tecnologías y medios de globalización de la información pueden mostrar la persecución de cientos de cristianos que no quieren renunciar a su fe. Se piensa que en la modernidad hablar de martirio es algo que se ha superado; lastimosamente la realidad es otra: son más los cristianos que están viviendo la experiencia de sufrimiento, de persecución y en muchos casos de muerte, convirtiéndolos así en los mártires de la actualidad.

A diferencia de las épocas anteriores en las que el hagiógrafo, contaba con relatos difusos del mártir y este podría llegar incluso a mostrarse como un ser tan místico que volaba en las estratosferas de la santidad, hoy los medios de comunicación y las nuevas tecnologías pueden mostrar la cruenta realidad, lo fáctico del mártir, mostrando así que su condición es latente en el mundo actual, que se da en hombres y mujeres de todo el mundo con una convicción firme en el Señor y tan normales como cualquier persona del común; que el *odium fidei* sigue presente y que las palabras del Señor se hacen vivas en todo tiempo, cuando invita a beber del cáliz de la pasión (Cfr. Mt. 20, 22). Solo para recordar, un monseñor Romero asesinado en 1980 mientras celebraba la eucaristía, o los 21 cristianos coptos degollados en 2015 por grupos extremistas del estado islámico, son apenas algunos casos próximos, que muestran que la realidad del martirio es aún una posibilidad que nos acecha.

## Magisterio y martirio

El martirio ha sido también un objeto de estudio para la teología, y la iglesia católica ha sido cuidadosa a la hora de definir un concepto teológico de este. Es más, con el correr de la historia, los testimonios de ese gran número de mártires que han ido aflorando, se han convertido en semillas que ayudan a comprender mejor este concepto. En la sagrada escritura se encuentra el llamado al seguimiento fiel del Señor, hasta entregar la vida por él y centrar la vida en la perspectiva del martirio, dando la debida importancia a su palabra:

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros” (Mt 5,10-12).

El primer mártir en la historia de la salvación es Cristo en su pasión, ya precedido por Juan Bautista (Mc 6,14-29); luego dan paso a un sinnúmero de precursores como san Esteban (Hch 7,54-60), los apóstoles: Santiago (Hch 12,1-2), Pedro, Pablo... y la fuerza de aquellos cristianos que proviene del único Redentor del mundo. No son superhéroes, son humanos que dieron su vida y se enfrentaron al mundo de las persecuciones; es por ellos que el martirio de Cristo es el modelo más perfecto de enfocar la existencia del cristiano en una perspectiva martirial que conlleva a una vida nueva, santa, sobrenatural.

Fisichella (1998) indica que “la teología fundamental estudia el martirio dentro de la dimensión apologética para mostrar que, es el lenguaje expresivo de la revelación y el modo creíble del amor trinitario de Dios” (p. 863). La invitación de la iglesia es a estar preparados interiormente para el martirio y vivir en esa perspectiva. No todos los verdaderos cristianos, deben padecer el martirio de la misma forma para mantenerse fieles a la verdad de la fe.

## Martirio, ¿donación o suicidio?

Según Pegues (2010), Santo Tomás resalta por su parte el martirio como “un acto de la virtud de la fortaleza mediante el cual el cristiano no teme afrontar la muerte, para dar testimonio de la verdad” (p. 173). En consonancia se puede decir, que es imposible una vida cristiana perfecta si no se está dispuesto a colocarse y dar todo de sí por las verdades de la fe.

La iglesia católica indica que: “el martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo, muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza: “Dejadme ser pasto de las fieras, por ellas me será dado llegar a Dios” (CIC 2473). Igualmente, el martirio es fuente de penitencia y sirve a quien lo padece como salvación, pues se hace acto purificador (CIC 1434).

Por otro lado, los sumos pontífices también han recalcado el valor del martirio, fruto de las misiones, donde se ha convertido en semilla para la evangelización y la extensión del Reino. “No solo a los arduos trabajos de los sembradores de la palabra divina, sino también a mucha sangre vertida generosamente por el martirio” como cita el papa Pío XII (1951) en la encíclica *Evangelii Praecones*. Seguidamente San Juan Pablo II (1994) en su carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* dirigida al episcopado, al clero y a los fieles como preparación del jubileo del año 2000, advertía que “al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires. Las persecuciones de creyentes –sacerdotes, religiosos y laicos– han supuesto una gran siembra de mártires en varias partes del mundo” mostrando así que el problema del martirio sigue siendo actual; de igual manera lo menciona el papa Francisco (2013) en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* cuando motiva a una *iglesia en salida*, a *primerear* e involucrarse en la tarea evangelizadora en la que, “el discípulo sabe dar la vida entera y jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora” (EG 24).

Y es que el anuncio de la buena noticia libera verdaderamente de la esclavitud del mundo y del pecado; por ello la importancia del kerigma verdadero y fiel al

evangelio en una iglesia que ha de buscar nuevas salidas para encontrar a las ovejas perdidas, pero la realidad es que llevar una vida de acuerdo con el evangelio se vuelve en sí un martirio para tantos jóvenes, hombres y mujeres que con su testimonio quieren marcar una diferencia, pero el mundo les hace ver la verdad de la fe como una opresión, que coarta las libertades. Muy por el contrario a lo que se pueda llegar a pensar, de ver el mártir como una persona coartada en su voluntad al aceptar el martirio, este lo hace en una entrega libre y que al mismo tiempo es liberadora, resalta el papa emérito Benedicto XVI en la audiencia general del 11 de agosto del 2010, que dedicó al tema del martirio y en la que subraya: “que la gracia de Dios no suprime o sofoca la libertad de quien afronta el martirio, sino, al contrario, la enriquece y la exalta: el mártir es una persona sumamente libre, libre respecto del poder, del mundo”, una libertad que lo lleva a dar una entrega definitiva, resaltando así en el mártir todas las virtudes teologales al abandonarse por completo en quien le ha creado y redimido, asociándose con esta entrega al Señor en la cruz. Dirá el mismo papa Benedicto XVI: “el martirio es un gran acto de amor en respuesta al inmenso amor de Dios” como también lo recalca la constitución dogmática *Lumen Gentium* al exaltar el papel del mártir que asemejado al Maestro en la entrega libre por la salvación del mundo “es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor” (LG 42).

Una prueba de amor que se refleja en la esperanza salvífica (Cf. Rm 8, 24) que solo se puede dar en aquel que espera el verdadero encuentro con Cristo como triunfo y meta, verdadera prueba del amor. Por eso es necesario, como expresa también el papa Benedicto XVI (2007) en la encíclica *Spe Salvi* hay que anteponer la verdad al bienestar, indicando que se necesitan también testigos, mártires, que se entreguen totalmente, y que lo demuestren día tras día, se necesitan las pequeñas alternativas de la vida cotidiana. Con ello se hace también un llamado a vivir cada día como una entrega total al encuentro con el Señor. En palabras del mismo papa: “la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos” (SS 39).

Pero hablar de martirio no involucra solamente a los cristianos católicos reconocidos ya como santos en el

martirologio; ha de reconocerse también a tantos hombres y mujeres de otras iglesias y comunidades que, si bien no están en plena comunión con la iglesia católica, también se han entregado generosamente al Señor; ya lo decía el apóstol San Pablo en la epístola a los Efesios: “Vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo” (Ef 2, 13), así mismo lo resalta el Santo papa Juan Pablo II (1995) en la encíclica *Ut Unum Sint* cuando expresa:

Estas hermanas y hermanos nuestros, unidos en el ofrecimiento generoso de su vida por el Reino de Dios, son la prueba más significativa de que cada elemento de división se puede trascender y superar en la entrega total de uno mismo a la causa del Evangelio.

El martirio también es prueba de la comunión con Cristo y un llamado a la unidad del cuerpo místico con Él; es más, el mismo santo papa indica en *Ut Unum Sint* (UUS) que entre todos los cristianos ya existe un martirologio común si se anteponen todos ante Dios y que “incluye también a los mártires de nuestro siglo, más numerosos de lo que se piensa, y muestra cómo, en un nivel profundo, Dios mantiene entre los bautizados la comunión en la exigencia suprema de la fe” (UUS 84). Así pues, si bien todos los cristianos están llamados a la unidad en Cristo, en el martirio hay una comunión y es un llamado también a la expresión de diálogo ecuménico que puede haber entre cristianos.

Por otro lado, el mismo San Juan Pablo II (1993) en la encíclica *Veritatis Splendor* (VS) resaltando el valor moral al que todos los cristianos están llamados dirá: “Si el martirio es el testimonio culminante de la verdad moral, al que relativamente pocos son llamados, existe no obstante un testimonio de coherencia que todos los cristianos deben estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa de sufrimientos y de grandes sacrificios.” (VS 93). Esa coherencia ha de ser constante incluso en la labor cotidiana, pues no se llega al don del martirio si no se ha trabajado en la perseverancia del conocimiento y acercamiento al Señor, aun en la entrega cotidiana y diaria de los actos unidos a los actos de Cristo en la cruz, en otras palabras, se dirá que

se puede vivir un martirio en la vida cotidiana en quien ha aprendido a llevar con alegría las cruces de su vida ordinaria.

De allí que la Iglesia haya elevado al honor de la santidad de los altares a tantos hombres y mujeres que con su ejemplo han demostrado que se prefiera la muerte antes que cometer algún pecado, ya sea de apostasía o de otra índole que viole la ley natural y divina y como dirá en la misma *Veritatis Splendor* “ha declarado verdadero su juicio, según el cual el amor implica obligatoriamente el respeto de sus mandamientos, incluso en las circunstancias más graves, y el rechazo de traicionarlos, aunque fuera con la intención de salvar la propia vida”. (VS 91)

De acuerdo al numeral 92 de la misma encíclica, el mártir posee cuatro características fundamentales que a cada tiempo son ejemplo para la iglesia, como son:

- El mártir es un resplandor de la santidad de la ley de Dios, que manifiesta y confirma la inviolabilidad de todo orden moral.
- Resalta lo ilusorio y falso de todo significado humano que se pretenda atribuir, a un acto en sí mismo moralmente malo.
- Exalta la perfecta humanidad y la verdadera vida de la persona.
- Es un signo visible de la santidad de la Iglesia: en cuanto a la fidelidad a la santa ley de Dios, y con su muerte atestigua el anuncio solemne y compromiso misionero.

## ¿El martirio como suicidio?

### Dos perspectivas

Es necesario profundizar en el concepto de suicidio teniendo en cuenta la trayectoria que este ha tenido a lo largo de la historia, la culturas, las creencias, las teorías y las posturas psicológicas, entre otras.

## Martirio, ¿donación o suicidio?

Desde el enfoque psicológico se cuenta con varias definiciones y teorías; una de ellas considera al suicidio como la huida, la renuncia y el miedo a enfrentarse a una realidad dolorosa o temerosa de las distintas situaciones que se hacen presentes en el diario vivir de las personas. Pero es de vital importancia estudiarlo igualmente desde el ámbito cultural, de acuerdo a las creencias de dichas comunidades.

La RAE define el suicidio como la “Acción y efecto de suicidarse”, “Acción o conducta que perjudica o puede perjudicar muy gravemente a quien la realiza”. Morón (1992) afirma que, la palabra como tal fue utilizada por primera vez por el abate Desfontaines en el año 1937, pero solo hasta el siglo XIX se iniciaría un estudio científico como tal de la materia del suicidio.

Por otra parte, Vallejo y Atehortúa (2014) en su artículo *El suicidio, una lectura desde la virtud de la justicia* en Santo Tomás y Kant, citan textualmente:

El suicidio es propiamente producirse o darse a sí mismo la muerte, sea por una acción voluntaria o por una omisión. Es una especie de desprecio por la propia existencia. Este acto presenta un atentado directo contra la justicia, no solo el autor del suicidio, sino también para quien coopera en la consumación del hecho. (p.105)

Según Blandón y Andrade (2015), en el libro *Suicidio: cuatro perspectivas*, este se refiere a una acción que guarda relación con los procesos de la voluntad humana, pero que no se somete solo a ello y, por tanto, se constituye en una elección influida por condiciones neuro bioquímicas y neuroendocrinas, al mismo tiempo que por circunstancias psicosociales desencadenantes que conllevan al individuo a realizarlo. Por otro lado, Castro, García y Londoño (2018) citan: “es el acto en el que se atenta deliberadamente hacia su propia vida; según los antecedentes, el suicidio es un acto humano que ha existido en todas las sociedades y épocas” (p. 12). Si bien es considerado por algunos filósofos como una forma o medio para escapar del sufrimiento, este es un acto que no solo atañe a quien lo realiza, sino que de

por sí afecta todo un núcleo familiar y social en el que el individuo implícitamente se desarrolla.

La sociedad actual no ofrece los medios necesarios que pretenden dar un claro sentido de la vida, solo existe un ambiente materialista de la vida, ambiente propicio para el aumento de los suicidios, todo esto sucede porque el hombre tiene una idea errada, de aquel que siempre triunfa y que posee todos los medios económicos que le permiten cumplir sus diversas apetencias en todos los aspectos, de modo que cuando le hace falta alguna de estas apetencias, se siente en la incapacidad de vivir, y el suicidio se convierte en la única forma de eludir los problemas presentes.

El suicidio en sí mismo es considerado en la actualidad como una problemática de salud mental y pública, que atenta contra la vida e integridad de una gran proporción de personas a nivel mundial. Según la OMS, al año cerca de 700.000 personas se suicidan y es la cuarta causa de muerte de jóvenes a nivel mundial, lo que representa ya de por sí un nivel preocupante para diferentes entes religiosos y gubernamentales.

Históricamente, menciona Guerrero (2019) “Las motivaciones para cometer suicidio en el ser humano siguen siendo las mismas que hace 4000 años. Acabar o escapar de un sufrimiento psíquico insoportable.” Y aun cuando en algunas culturas antiguas era visto como algo aceptable y tal vez solo significaba el paso de una vida a la otra, desde el cristianismo el suicidio es considerado como un pecado, que atenta contra la ley de Dios, y tal vez uno de los más graves si se tiene en cuenta que el hermoso don de la vida solo está en manos de Dios.

Aun cuando la iglesia lo condenó, fue el mismo estado quien contribuyó con leyes a relegar como un acto moralmente malo y un desorden mental, este fue un gran aporte de la antigua Roma, por otra parte, menciona también Guerrero (2019) que:

San Agustín de Hipona (354-430) condenaba el suicidio, equiparando este como un homicidio de sí mismo y por ende una clara violación del quinto mandamiento: no matarás; para la iglesia ‘la vida es propiedad de nuestro Señor y no podemos disponer de ella libremente’. (p. 3)

Y es que San Agustín fue el primer precursor que contribuyó a frenar el asesinato de muchos cristianos que ofrecían su muerte voluntaria para obtener beneficios que la comunidad prometía a quien decidía dar su vida por Dios. En aquel momento y contexto, ellos habrían entendido erradamente el valor de la entrega generosa. He allí la importancia que tenía la formación doctrinal que aporta San Agustín a este flagelo, y el valor aportado por la iglesia a través de la historia para comprender claramente una diferencia entre el martirio y suicidio.

En este contexto, el santo papa Juan Pablo II (1995) en la encíclica *Evangelium Vitae* recalca que:

El suicidio es siempre moralmente inaceptable, al igual que el homicidio, que además bajo el punto de vista objetivo, es un acto gravemente inmoral, porque comporta el rechazo del amor a sí mismo y la renuncia a los deberes de justicia y de caridad para con el prójimo y de igual forma constituye un rechazo de la soberanía absoluta de Dios sobre la vida y sobre la muerte. (EV N.º 66)

En la sociedad actual, el martirio es visto como un suicidio, ya que, al ofrecer la vida en un acto de bondad, el ser es capaz de relegarse a sí mismo por un fin último. Para algunas personas, como el psiquiatra Karl Menninger (1972), si la vida es un don gratuito de Dios, el martirio debe ser considerado como un acto suicida que se asocia a un desorden psicológico influenciado por el entorno y el estilo de vida de algunas personas; en su concepción sobre el *ascetismo* y el *martirio*, los planteó como suicidios crónicos, pues se tiene la percepción de que un desorden psicológico así, influenciado por el entorno y el estilo de vida, han de conllevar a esta opción como verdadera entrega.

Por otro lado, Barriga (2012) al referirse a casos de mártires que prefirieron aceptar la muerte antes que cometer un acto impuro, como ha sido el caso de Apolonia o el de algunos cristianos como Nicomedia, afirma:

Han llevado a algunos a pensar que la Iglesia primitiva equiparó el suicidio religioso con el martirio. En realidad, ese juicio está ligado al

hecho de que aquí no se trata de una decisión orgullosa sobre la vida propia, sino más bien de un gesto realizado *nutu divino*, o sea, como respuesta heroica a una inspiración divina en una situación dramática.

Es fundamental precisar que la aceptación resignada de la muerte a causa de la fe, y el hecho de luchar activamente por defender todo lo relacionado con la entrega total de la vida, son el único objetivo de dar testimonio de Dios. Esto puede llegar a englobarse bajo un concepto de martirio o bajo un concepto de suicidio; muchos cristianos mueren luchando activamente por las exigencias de sus convicciones cristianas, muerte que no es buscada directamente por sí misma, sino que se cree que es una muerte otorgada por el mismo Dios, y es natural que esta muerte se constituya como problema de salud mental, teniendo en cuenta que no todo el que cae en guerra religiosa luchando por defender sus creencias religiosas puede ser considerado un mártir.

Los mártires de la actualidad no tienen la posibilidad de adoptar una actitud pasiva de la muerte y mucho menos tomarla de una forma voluntaria, los perseguidores de hoy día no dan la posibilidad a los cristianos de confesar su fe como lo hacían los mártires en la antigüedad, las persecuciones en la actualidad conllevan de inmediato a una aceptación de la muerte como consecuencia de una lucha activa por la justicia y los valores cristianos.

Una de las diferencias entre el martirio y el suicidio radica en que en el primero, la persona identifica un sentido divino a su realidad trascendente, la cual se entrega de modo voluntario a pesar del sufrimiento que le pueda ocasionar; en el mártir no hay un deseo de morir para acabar con su dolor, no hay alteraciones mentales, comportamentales o afectivas que lo motiven o lo impulsen a cometer el hecho. En el mártir su conciencia está más en un plano sobrenatural, que a la luz de la fe se ve reflejada en una entrega generosa, como testigo del amor de Dios, testigo para la iglesia y para los hombres, al demostrar, con amor y esperanza, la fe y entrega en algo más grande.

En el mártir no está el *yo* solamente; este se ha abandonado a la voluntad Divina y ya no es solo la voluntad humana la que interviene en su acto de amor generoso, es

una perfecta mezcla de lo natural y sobrenatural, que se combina y genera misericordia y firmeza en el mártir a la hora de su entrega.

Del mismo modo, “Un acto de oblación, o en términos antropológicos de inmolación, y según los arquetipos de la cultura, de sacrificio, que se pueden identificar en los actos de un suicida, no son los que identificamos en un mártir”. (Amenos, 2007, p. 120).

Por otro lado, la persona suicida, pasa por diferentes fases, en las que prevalece el deseo real y latente de morir; inicialmente puede atentar contra su cuerpo, lesionándose deliberadamente. Aquí se evidencian estados emocional y cognitivamente negativos que no se mantienen estables, porque no encuentran sentido ni próximo ni remoto para continuar su existencia. En esta tesis radica la diferencia real de lo uno con lo otro: el primero desde la realidad teológica, el segundo desde una realidad confusa psicológica. Al respecto, Aménos (2007) dirá textualmente:

El martirio no es un acto suicida por un ideal, puesto que el mártir no es un suicida, podemos decir que, en el martirio, el mártir es la víctima que rehúsa aceptar el mandato de su renuncia, y por el contrario, en el suicidio, el suicida es el victimario homicida por mandato a su voluntad. (p. 121)

La perspectiva psicológica del martirio como suicidio ha de tenerse y estudiarse con detenido cuidado, teniendo en cuenta que, si bien interviene la voluntad del hombre al no querer apostatar de su fe, este le apuesta a una realidad mucho más grande que es la entrega de amor definitiva por quien lo ha creado. Aunque en ambos interviene la voluntad, en el suicidio ella está influida por la desesperanza y en el mártir, por el contrario existe la esperanza, el amor y la confianza de la entrega total por la verdad que trasciende aún su propia vida. He allí una gran diferencia entre quien ha corrido con dolor al suicidio y quien con alegría y gozo se dirige al encuentro con la cruz del martirio, pues con ella se asemeja a quien más lo ha amado y a quien más ama, su Señor Jesús.

## Conclusiones

Desde una perspectiva eclesiológica podemos definir que el martirio es un don de Dios que puede ser aceptado, pero no buscado por el cristiano creyente. Es un acto meritorio, es una gracia concedida por Dios que le permite al creyente dar una respuesta de fe, siendo un acto voluntario de entrega en una completa donación.

Desde los primeros siglos ya existían cristianos mártires, que querían dar testimonio de su fe siendo fiel reflejo de un Cristo sufriente que había entregado todo por amor y que, de antemano, había dado a comprender que su seguimiento requería de una entrega total, para poder llegar al verdadero encuentro con la Gloria de Dios. Por el contrario, en la Edad Media no se hizo tan relevante la presencia de mártires, como si sucedió en los primeros años del cristianismo; fue creciendo a tal punto que los mártires se convirtieron en modelos de fe.

En la actualidad es evidente la cantidad de cristianos que son perseguidos, desterrados, y desaparecidos como respuesta a su compromiso con la fe y la justicia, siendo esta una expresión de apuesta a los valores del Reino en busca de la conversión de la humanidad. A diferencia de los primeros mártires, los mártires de la actualidad no tienen la posibilidad de confesar su fe con la misma libertad que los primeros cristianos.

La perspectiva del martirio, a la luz de la teología y de la iglesia católica, se considera como el seguimiento fiel del señor hasta entregar la vida por Él. La iglesia invita a estar preparados interiormente para el martirio, vivir en esta perspectiva para que sea este el supremo testimonio de la verdadera fe y el camino que guíe a la santidad.

Desde un enfoque psicológico, se puede definir el suicidio como la huida, la renuncia y el miedo a enfrentarse a una realidad dolorosa o temerosa de las distintas situaciones que se presentan en el diario vivir de las personas; para algunos filósofos es considerado como una forma o medio para escapar del sufrimiento, afectando la salud familiar.

Desde el cristianismo el suicidio es considerado como un pecado, que atenta contra la ley de Dios, y tal vez



uno de los más graves si se tiene en cuenta que la decisión sobre el hermoso don de la vida, solo está en manos de Dios, único origen y fin de la vida.

Una de las diferencias entre el martirio y el suicidio, radica en que en el primero la persona identifica un sentido divino a su realidad trascendente, y desde aquí se entrega de modo voluntario a pesar del sufrimiento que le pueda ocasionar; en el mártir no hay un deseo de morir para acabar con su dolor; en cambio, quien se suicida experimenta un proceso centrado en su deseo permanente de quitarse la vida, producto de su inestabilidad emocional.

La investigación ha arrojado elementos suficientes para responder a la pregunta inicial: se puede concebir el martirio como ¿una donación o como un suicidio? Aunque muchos se orientan a afirmar que el martirio es un suicidio, la experiencia psicológica, psiquiátrica y ante todo de fe, habla del martirio como una donación que la persona hace de su vida, a Aquel quien es el dueño de la vida misma, Dios.

Citando las palabras de Jesús el Maestro: “El que pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt. 10, 39), se evoca un sentido más profundo del martirio, dándole a este una dimensión trascendental y eterna; en donde la vida humana realiza un intercambio injusto, pero misericordioso y lleno de amor, donde esta vida humana, pecaminosa, llena de miserias, pasiones y caduca, se transforma en una vida abundante, divina y eterna. Es dar la vida por la Vida.

Mientras que el suicidio busca perder la vida, por cualquier motivo humano, en un momento de crisis, el mártir, en el momento de la persecución y decisión a muerte, ofrece, en cambio, la vida como una semilla que dará frutos divinos por la eternidad:

Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recuperarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre. (Jn 10,17-18)

## Referencias

- Amenós, J., Carrere, G., Castellanos, J., Correa, M., García-Roca, F., Mandingorra, J y Martínez, C. (2007). Ética, psicología y cristianismo. EFP Producciones y edición. <https://drive.google.com/file/d/0B0rASqnBZxaGY2MxN-zEwZjgtZmQ3Yi00ZjlmLTljYmQtYTVmYzgz1ND-ljMjg1/view?hl=es&resourcekey=0-7eCpBo-YLC-x-azeC-nlEcQ>
- Barriga, M. (31 de octubre de 2012). El Suicidio y la iglesia Católica. Morelia: Asociación Mexicana de Educación Continua y a Distancia A.C. <http://www.tanatologia-amtac.com/descargas/tesinas/129%20El%20suicidio.pdf>
- Benedicto XVI, P. (30 de noviembre de 2007). Vatican. Va. Spe Salvi : [https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20071130\\_spe-salvi.html](https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html)
- Benedicto XVI, P. (11 de agosto de 2010). Audiencia General de los miércoles: [https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2010/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20100811.html](https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2010/documents/hf_ben-xvi_aud_20100811.html)
- Blandón, O y Andrade, J. (29 de mayo de 2015). Universidad Católica Luis Amigó. El suicidio: cuatro perspectivas: <https://www.funlam.edu.co/modules/fondoeeditorial/item.php?itemid=239>
- Castrillón, H. (28 de mayo de 2004). El martirio y los nuevos mártires. [https://mercaba.org/ARTICULOS/E/el\\_martirio\\_y\\_los\\_nuevos\\_martires.htm](https://mercaba.org/ARTICULOS/E/el_martirio_y_los_nuevos_martires.htm)
- Castro, Y. (2018). Universidad Cooperativa de Colombia. Significaciones históricas que encuadran al suicidio como una acción volitiva: una óptica deferente a la enfermedad mental: [https://repository.ucc.edu.co/bitstream/20.500.12494/6963/1/2018\\_significaciones\\_historicas\\_encuadran.pdf](https://repository.ucc.edu.co/bitstream/20.500.12494/6963/1/2018_significaciones_historicas_encuadran.pdf)
- Compagnoni, F. (1992). Nuevo Diccionario de Teología Moral. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Dufour, X. (1985). Vocabulario de Teología Bíblica. Barcelona: Herder.

## Martirio, ¿donación o suicidio?

- Latourelle, R. y Fisichella, R. (1998). Diccionario de Teología Fundamental. San Pablo.
- Francisco, P. (24 de noviembre de 2013). Vatican.va. Evangelii Gaudium: [https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20131124\\_evangelii-gaudium.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html)
- Francisco, P. (28 de junio de 2017). Vatican.va. Audiencia General de los miércoles: [https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2017/documents/papa-francesco\\_20170628\\_udienza-generale.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2017/documents/papa-francesco_20170628_udienza-generale.html)
- Giraldo, M. (23 de noviembre de 2004). Desde los márgenes. Recuperado el 13 de noviembre de 2020, de El concepto cristiano del Martirio: <https://www.javiergiraldo.org/spip.php?article89>
- González, F. (2002). El Mártir testigo del amor. España: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA). <https://revistas.uca.edu.sv/index.php/rlt/article/view/5150/5120>
- Guerrero, M. (noviembre de 2019). Psicoevidencias, Boletín N.º 55. Reflexiones sobre el suicidio desde la mirada histórica: <https://www.psicoevidencias.es/contenidos-psicoevidencias/articulos-de-opinion/89-reflexiones-sobre-el-suicidio-desde-la-mirada-historica/file>
- Iglesia Católica. (1992). Catecismos de la Iglesia Católica. Librería Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II, P. (10 de noviembre de 1994). Tertio Millennio Adveniente: [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_letters/1994/documents/hf\\_jp-ii\\_apl\\_19941110\\_tertio-millennio-adveniente.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1994/documents/hf_jp-ii_apl_19941110_tertio-millennio-adveniente.html)
- Juan Pablo II, P. (25 de mayo de 1995). Ut Unum Sint : [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_25051995\\_ut-unum-sint.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_25051995_ut-unum-sint.html)
- Juan Pablo II, P. (25 de marzo de 1995). Evangelium Vitae: [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_25031995\\_evangelium-vitae.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_25031995_evangelium-vitae.html)
- Juan Pablo II, P. (6 de agosto de 1993). Veritatis Splendor: [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_06081993\\_veritatis-splendor.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_06081993_veritatis-splendor.html)
- Kubis, A. (2004). El Martirio y la Iglesia. Navarra: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra. <https://dadun.unav.edu/handle/10171/6576>
- Menninger, K. (1972). El Hombre contra sí mismo. Barcelona: Ediciones Península.
- Morón, P. (1992). ¿Qué sé? El Suicidio. México D.F.: Publicaciones Cruz O., S. A.
- Organización Mundial de la Salud. (17 de junio de 2021). Una de cada 100 muertes es por suicidios. <https://www.who.int/es/news/item/17-06-2021-one-in-100-deaths-is-by-suicide>
- Pablo VI, P. (21 de noviembre de 1964). Lumen Gentium: [https://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19641121\\_lumen-gentium\\_sp.html](https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html)
- Pegues, T. (2010). Catecismo de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino para todos. Grupo Editorial Éxodo. <https://elibro.net/es/lc/univucn/titulos/130421>
- Pío XII, P. (02 de junio de 1951). Evangelii Praecones: [https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/encyclicals/documents/hf\\_p-xii\\_enc\\_02061951\\_evangelii-praecones.html](https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/encyclicals/documents/hf_p-xii_enc_02061951_evangelii-praecones.html)
- Rahner, K. (1983). Dimensiones del martirio. *Diakonía*, 27,188-192. UCA Universidad Centroamericana <http://repositorio.uca.edu.ni/id/eprint/3577>
- Real Academia de Lengua Española. (s.f.). Diccionario de la lengua española. Definición: Suicidio: <https://dle.rae.es/suicidio>
- Ruiz, B. (2003). *Acta de los Mártires*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sánchez, G. (2017). El ser humano como arma: Los ataques suicidas. *Colección selecciones de Investigación*, 337-381. <https://repository.usta.edu.co/bitstream/handle/11634/28887/Capitulo8serhumanocomoarma2017gemasanchez.pdf?sequence=1>

Vallejo, J. y Atehortúa, J. (2014). El suicidio, una lectura desde la virtud de la justicia en Santo Tomás y Kant. *Quaestiones Disputatae: Temas en debate* 7(14), 105-124. <http://revistas.ustatunja.edu.co/index.php/qdisputatae/article/view/831>